

DOMINGO II DE ADVIENTO (B)
Homilía del P. Josep M, Sanromà, monje de Montserrat
10 de diciembre de 2017
Is 40, 1-5.9-11/ 2Pe 3, 8-14/ Mc 1, 1-8

En este segundo domingo de adviento, el Señor nos es anunciado como fuente de consuelo, de libertad y de perdón. Aquí está vuestro Dios, nos ha dicho el profeta, él es el que viene hacia nosotros, para él debemos abrir un camino en el desierto y en la estepa; hondonadas y cordilleras, montañas y valles, todo hay que removerlo porque el Señor hace camino hacia nosotros. Si lo hacemos así, veremos toda la gloria del Señor.

Tiempo de adviento, tiempo de remover todo aquello que en nosotros pueda poner obstáculos al Señor de la vida para que venga a nosotros. Tiempo para desbrozar de nuevo el camino de nuestro corazón donde fácilmente se arraiga la hierba inútil de intereses sospechosos, de preocupaciones terrenas, de pensamientos oscuros que poco a poco lo hacen intransitable; pero el Señor debe poder pasar, así es como nos trae la libertad que nos anunciaba, nos toca reconocer que no hemos vigilado lo suficiente para que el camino no se acabe perdiendo, y en este reconocimiento de nuestra realidad interior él nos da su perdón y nosotros encontramos el consuelo de saber que él camina de nuevo en cada uno de nosotros. Invitación pues a hacer posible que el Señor sea nuestro Consuelo, poniendo fin con su ayuda y su perdón a nuestra servidumbre, velando para no recaer, sabiendo que el Señor es paciente con nosotros, porque no quiere que nadie quede en la servidumbre del mal, sino que todos demos pasos de conversión. Tenemos de tiempo todos los días de nuestra vida, pero no sabemos cuándo se acabarán; por eso el Señor nos llama una y otra vez a no distraernos, a velar para estar a punto para recibir aquella vida que siempre nuestro corazón espera y anhela. Mientras tanto, como que el camino, como nos dice el Evangelio es estrecho, procuremos tenerlo limpio, allanemos los obstáculos de nuestros errores, rellenamos los huecos de nuestros desánimos para que, tanto nosotros como el Señor que viene por ese camino, podamos circular con libertad y sin miedo de perdernos y no nos extraviemos. Sí, la paciencia del Señor nos invita a la conversión, a limpiar nuestro camino, a hacer posible de nuevo el gozo mutuo del encuentro con él.

El evangelio nos ha presentado a Juan como el último mensajero enviado para llamar al pueblo antiguo a la conversión, a prepararse para la llegada del Mesías esperado. Nosotros, que formamos el nuevo pueblo, liberados ya por la cruz y la resurrección de nuestro Salvador, seguimos necesitando la invitación a la conversión, a quitarnos de encima todo lo que nos quita la libertad, la alegría, la esperanza, la luz, la paz y que no está fuera sino dentro de nosotros. Y para que no crezca en nuestro corazón lo que le quita la hermosura original, para que las ramas de las dificultades no se enrosquen con las de las desconfianzas o las dudas, tengamos siempre en buen estado las herramientas necesarias para mantener limpio el camino de nuestro corazón: la lectura de la palabra de Dios donde el Señor nos habla, nos consuela y nos dice que está con nosotros; el encuentro personal con el Señor en la oración para hablarle como a nuestro confidente del que vivimos y al que anhelamos; la comunión con el pan partido que nos alimenta y nos compromete a ser, como él, pan partido para los demás; la búsqueda de su consuelo en la confianza en su perdón. Pasar habitualmente con estas herramientas por el camino de nuestro corazón evita que se nos tape el horizonte de nuestra esperanza.

Durante estos días, la mayoría tendremos instalado el pesebre en casa, un signo y un recuerdo de lo que celebramos en la Navidad; pero quisiera invitar a hacer algo

más; durante los días que lo tengáis instalado id a leer la Palabra del Señor y pasar delante de él algún rato de oración en familia; si sentís que se despeja su camino, el adviento que es espera, se habrá convertido en encuentro y consuelo y la Navidad en reencuentro con el que viene para ser nuestra luz y nuestra paz. Y aunque un día desmontaremos el pesebre, no desmontéis nunca aquel lugar donde dentro de vosotros habréis encontrado al Señor.